

se fijaron en la corte de Gerolstein á los dos meses de su llegada á ella. Sara que era excelente música y conoció la afición de la duquesa á los maestros antiguos y en especial á Gluck, mandó traer la obra de este ilustre compositor y fascinó á la anciana con su incansable condescendencia y con la singular habilidad con que cantaba los aires antiguos, tan sencillos como expresivos. Tomás por su parte supo hacerse muy útil en el destino que el gran duque le confiara. Era gran caballista, amante del orden, de carácter firme, y en poco tiempo transformó casi del todo el servicio de las caballerizas que estaba abandonado. Ello es el caso que en la corte todo el mundo amaba y distinguía á los dos hermanos, porque de la predilección del rey nace siempre la predilección de los súbditos. Por otra parte harto conocía Sara cuantos puntos de apoyo necesitaban sus proyectos para que descuidara los ardidés que pudieran favorecerlos. Su hipocresía disfrazada con la máscara más atractiva, engañó fácilmente á la mayor parte de aquellos buenos alemanes, y el afecto general vió muy luego á sancionar la excesiva benevolencia del gran duque.

Nuestra pareja pues quedó instalada en la corte de Gerolstein, perfecta y honrosamente sin que se hubiese hablado siquiera de Rodolfo. Por una casualidad feliz, pocos días después de la llegada de Sara, aquel joven había salido á inspeccionar algunas tropas con un ayudante de campo y el fiel Murph. Esta ausencia bajo todos aspectos favorable á los planes de Sara, le permitió arreglar á su arbitrio los principales hilos de la trama que urdía, sin que la estorbase la presencia del príncipe cuyo afecto, harto marcado, pudiera despertar sospechas en el padre. Estando aquel fuera, por desgracia no pensó éste en que había concedido su intimidad á una joven de rara belleza y de grandes atractivos que había de estar con Rodolfo á todas horas.

Allá en el fondo de su alma, Sara no agradeció poco ni mucho aquella acogida tan espontánea y generosa, ni aquella noble confianza con la cual se la introducía en el corazón de aquella familia de reyes. Ni ella ni su hermano retrocedieron ante sus intentos, sino que al contrario insistieron en ellos sin detenerse á considerar los disturbios con que iban á alterar la apacible calma de aquella corte. Calculaban á sangre fría los resultados probables de las crueles desavenencias que se proponían sembrar entre un padre y un hijo, unidos hasta entonces con los vínculos de la mayor ternura, y seguían adelante su plan preconcebido.

## XI

## MURPH Y EL ABATE POLIDORI

Rodolfo en su infancia tenía una complexión muy débil, y por esta causa su padre hizo el siguiente raciocinio, extravagante en la apariencia, pero en el fondo muy sensato. Los hidalgos ingleses que viven en el campo gozan generalmente de una salud robusta; ventaja que depende en gran parte de su educación física, que á fuer de sencilla, agreste y dura, desarrolla su vigor. Rodolfo va á caer en las manos de las mujeres, su temperamento es delicado, y quizás acostumbrándole á que viva como el hijo de un arrendador inglés (aunque con algunas consideraciones), robusteceré su constitución. Resuelto á ejecutar este proyecto hizo buscar en Inglaterra un hombre digno y capaz de dirigir esta especie de educación física, y se confió este importante encargo á sir Gualterio Murph, atlético tipo del hidalgo campesino del Yorkshire, quien dirigió al joven de manera que satisfizo los deseos del gran duque. Durante muchos años habitaron Murph y su discípulo en una quinta situada entre hermosos bosques, á pocas leguas de la ciudad de Gerolstein, en posición muy saludable y pintoresca. Libre Rodolfo de toda etiqueta, y ocupándose con Murph en los trabajos agrícolas, propios de su edad, hizo la vida sobria, regular y activa del campo, divirtiéndose en los violentos ejercicios del pugilato, de la lucha, de la equitación y de la caza. Por efecto del puro aire de los prados, de los bosques y de las montañas, bien pronto pareció vigoroso como un roble, su enfermiza palidez cedió el puesto á los colores de la salud: y aunque esbelto y siempre nervioso, soportó las más duras fatigas. Supliendo con la pericia, la energía y el valor lo que de poder muscular le faltaba, muy luego venció á los jóvenes de más edad que él, que entonces se encontraba en la de quince á diez y seis años.

La educación científica había cedido el puesto á la educación física: de manera que Rodolfo sabía muy poca cosa; mas el gran duque pensando muy sensatamente, creía que para reclamar mucho al talento, es preciso que el espíritu esté sostenido por una robusta organización física, y que sólo entonces las facultades intelectuales aunque sea tardíamente, ofrecen seguros resultados. El buen Murph no era sabio, no pudo dar á Rodolfo más que los primeros conocimientos; pero nadie mejor que él era capaz de inspirar á su alumno el amor á lo justo, leal y generoso, y el horror á lo vil, cobarde y miserable. Estas doctrinas saludables se arraigaron para siempre en el corazón de Rodolfo, y aunque mas tarde combatieron estos principios las borrascas de las pasiones, nunca se apartaron de él. Un rayo hiere, hiende y destroza un árbol bien arraigado, pero la savia existe siempre en sus raíces, y no tardan en salir de aquel

tronco que parecía seco, nuevas y verdes ramas. Murph dió á Rodolfo, si así puede decirse, la salud del cuerpo y la del alma, y le hizo robusto, ágil, atrevido, aficionado á todo lo bueno, y enemigo resuelto de todo lo malo.

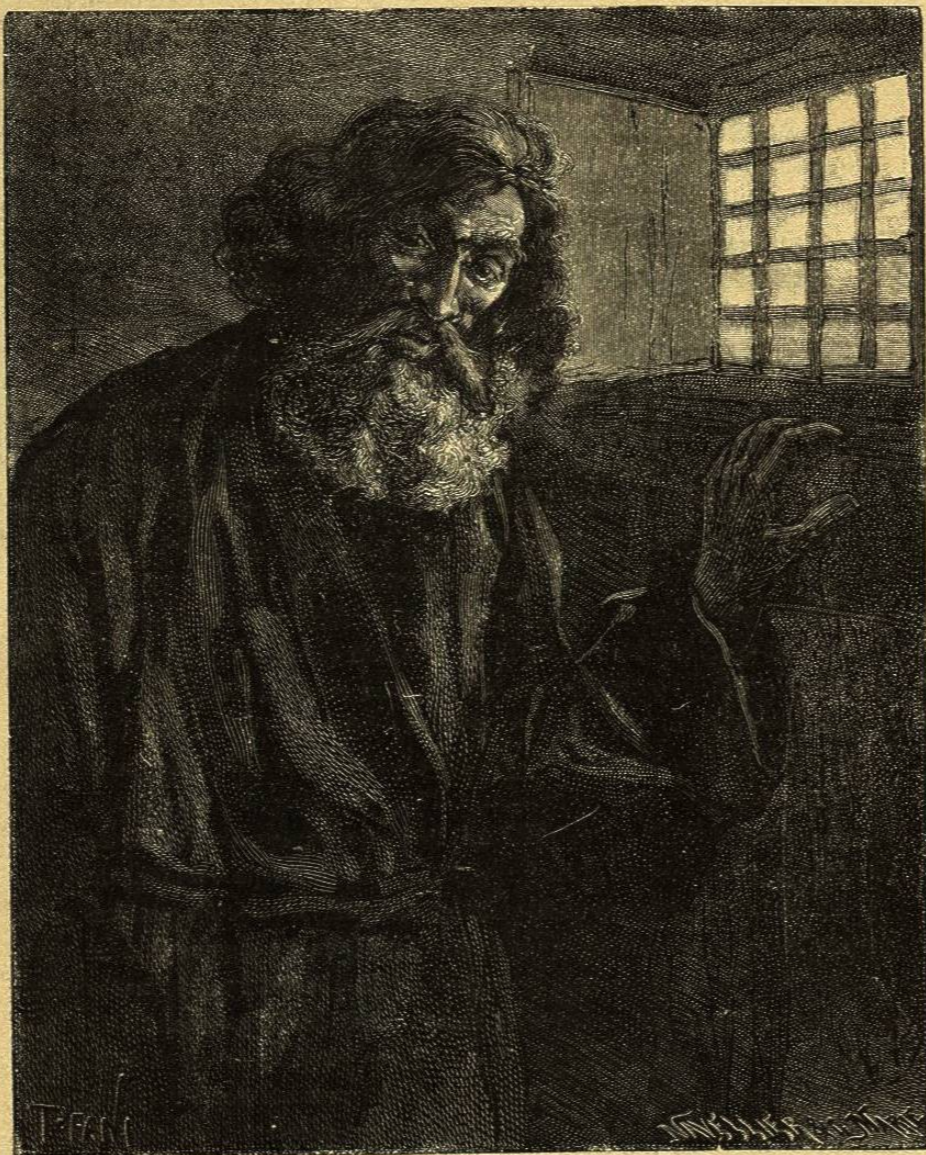
Dada cumplida cima á esta tarea, el hidalgo fué por algún tiempo á Inglaterra á donde sus negocios le llamaban, no sin grande pesar de Rodolfo que sentía hacia él gran cariño. Prometió el inglés que terminados sus asuntos, iría á fijarse definitivamente en Gerolstein con su familia, lo cual según sus cálculos debería ser dentro de un año. Tranquilo el gran duque en cuanto á la salud de su hijo, pensó más seriamente en su instrucción. Un cierto abate César Polidori, filósofo afamado, médico distinguido, historiador, erudito y hombre versado en el estudio de las ciencias exactas y físicas, fué la persona elegida para cultivar y fecundar el rico pero virgen terreno tan hábilmente preparado por Murph. Por esta vez la elección del gran duque fué muy desgraciada, ó más bien fué engañado por la persona que le presentó é hizo admitir como preceptor de un príncipe protestante á un sacerdote católico, innovación que pareció de grande importancia á muchas gentes, y que tuvieron otros por un mal presagio de la educación de Rodolfo. La casualidad, ó acaso el abominable carácter del abate, justificó tan tristes vaticinios. Polidori, hombre impío, astuto é hipócrita, despreciador de lo que hay de más sagrado entre los hombres, diestro en el disimulo y dominado por el más completo escepticismo bajo una máscara piadosa y austera, exagerador de una aparente humildad cristiana, acostumbrado á fingir una benevolencia expansiva, un optimismo ingenuo para ocultar la perfidia de sus interesadas lisonjas; profundo conocedor de los hombres, y sobre todo de sus flaquezas y de sus pasiones; con todas estas circunstancias, decimos, era el peor Mentor que pudiera darse á un joven. Rodolfo abandonando con grandísimo disgusto la vida independiente y activa que llevó hasta entonces al lado de Murph para ir á ocuparse de libros y someterse á la fastidiosa etiqueta de la corte de su padre, tomó de pronto gran aversión al abate, y no podía menos de suceder así. Cuando el hidalgo dejó á su alumno lo comparó á un potro indómito lleno de gracia y de fuego arrebatado á las deliciosas praderas en donde libre y feliz se solazaba, y que va á sujetarse al freno y á la espuela, como medio de moderarse y de acostumbrarle á utilizar la fuerza que hasta entonces había empleado para correr y saltar según le aconsejaba su libre albedrío.

Rodolfo comenzó por declarar al abate que no tenía ninguna afición al estudio, que su primera necesidad era ejercitar las piernas y los brazos, respirar el aire libre, correr por bosques y montañas, y que una buena escopeta y un caballo le parecían preferibles á los mejores libros del mundo. Polidori contestó á su alumno que en efecto nada era tan fastidioso como el estudio, pero que tampoco había cosa tan grosera como los gustos que él prefería al estudio, los

cuales sólo eran dignos de un estúpido hacendado alemán; y para demostrar esto el abate pintó de un modo tan ridículo aquella vida sencilla, que por primera vez en su vida Rodolfo se avergonzó de haberse creído tan dichoso, y preguntó cándidamente al preceptor en qué podía pasar el tiempo el que no gustaba del estudio, ni de la caza, ni de la libre vida del campo. Á esto respondió misteriosamente el abate que más adelante se lo diría.

Desde otro punto de vista las esperanzas de este hombre eran tan extremadas como las de Sara. Aunque el gran ducado de Gerolstein no era más que un estado secundario, figuróse el abate que podía ser un Richelieu y educar á Rodolfo de modo que fuese un príncipe desidioso. Con esta mira procuró hacerse agradable á su alumno procurando á fuerza de obsequios y de condescendencias que olvidase á Murph. Aunque Rodolfo continuara resistiéndose al estudio, el abate dejó de manifestar al gran duque la repugnancia del príncipe, ponderó su asiduidad y sus admirables adelantos, y algunos interrogatorios concertados de antemano entre él y Rodolfo y que tenían todas las trazas de improvisados, fueron entreteniendo al gran duque, que en honor de la verdad era hombre de pocas letras, en aquella ceguedad y en su confianza. La aversión que el abate inspiró al joven fué convirtiéndose en una familiaridad caballerosa, muy diferente del sincero afecto de Murph, y poco á poco se fué encontrando ligado á Polidori (aunque muy inocentemente) como se unen los cómplices. Era preciso que tarde ó temprano no sintiera más que desprecio hacia un hombre del carácter y de la edad de Polidori que mentía bajamente para excusar la indolencia del alumno. Al abate no se le ocultaba este resultado, pero sabía que si uno no se separa pronto de los hombres corrompidos se va acostumbrando paso á paso y á despecho suyo, á su carácter y que insensiblemente se acaba por oírle y burlarse de lo que antes parecía sagrado, sin indignarse por ello. Por otra parte era bastante astuto para luchar de frente con algunos sentimientos nobles que la educación de Murph había inculcado en su joven discípulo. Después de haberse mofado mil veces de los groseros pasatiempos de los primeros años de su alumno, quitándose á medias la máscara de la austeridad, había despertado la curiosidad de Rodolfo con algunas confianzas acerca de la encantadora vida de algunos príncipes de los pasados tiempos; y finalmente cediendo á las instancias del joven, después de muchos rodeos y de picantes zumbas acerca de la ceremoniosa gravedad de la corte del gran duque, inflamó la imaginación del príncipe con los relatos exagerados de los placeres y de las galanterías que habían hecho famosos los reinados de Louis XIV, y sobre todo de Luis XV, que era el héroe de César Polidori. Aseguraba al desgraciado joven, que le oía con ansia funesta, que los placeres aunque sean llevados hasta el exceso, lejos de desmoralizar á un príncipe de buenas cualidades, muchas veces le hacían elemento y generoso, porque las almas

sensibles nunca están más dispuestas á la benevolencia y á la dulzura que cuando son felices. Luis XV el *Amado*, era una irrecusable prueba de esta aserción. Añadía el abate que en los tiempos antiguos y también en los moder-



Polidori.

nos, muchos hombres grandes habían profesado el epicureísmo, á contar desde Alcibíades hasta Mauricio de Sajonia, desde Antonio hasta el gran Condé, desde César hasta Vendome.

Semejantes ideas necesariamente habían de hacer terribles estragos en el alma virgen del príncipe, mucho más cuando el preceptor cuidaba de traducirle elocuentemente las odas en que Horacio pondera con el más seductor encanto las delicias en que abunda una vida enteramente consagrada al amor y á los placeres de la sensualidad. En medio de todo esto y para ocultar el peligro de tales teorías y transigir con lo que había de generoso en el carácter de Rodolfo, le halagaba con las utopías más encantadoras. Según su juicio un príncipe científicamente voluptuoso podía mejorar á los hombres por medio del placer, moralizarlos con la felicidad, inspirar á los más incrédulos sentimientos religiosos, despertando su gratitud hacia el Criador que tantas felicidades proporciona al hombre. Tan seductoras teorías, no fueron estériles. En medio de aquella corte regular y virtuosa, acostumbrado por el ejemplo del señor á gustos honestos, á diversiones inocentes, Rodolfo soñaba ya en las orgías de Choisy, con los violentos placeres del Parc-aux-Cerfs, y acariciaba la idea de sentir amores románticos que contrastaran con tan impuras realidades. No olvidó el abate demostrar á Rodolfo que un príncipe de la confederación germánica no podía en la milicia aspirar á otra cosa que á remitir su contingente á la Dieta, y que por otra parte el espíritu de la época no estaba por la guerra. Pasar deliciosamente la vida entre placeres y lujo, descansar de la embriaguez de los deleites con las diversiones de las artes, buscar algunas veces en la caza, no como un Nemrod sino como un inteligente epicúreo, el pasajero cansancio que duplica el amor á la indolencia y la pereza; tal era, según Polidori, la única vida posible para un príncipe que tenía la suerte de encontrar un ministro capaz de consagrarse con interés á los negocios del estado, siempre enojosos.

Rodolfo, dejándose arrastrar por tales ideas, se proponía para cuando Dios hubiera llamado á su padre, entregarse á esa vida que Polidori le pintaba con tan risueños colores, y tomarle á él por ministro. El buen Rodolfo amaba tiernamente á su padre y hubiera sentido su muerte aunque con ésta hubiera podido ser un nuevo Sardanápalo en pequeña escala. En medio de todo, bien se deja entender que guardaba el más profundo silencio acerca de las desdichadas esperanzas que en su corazón vivían.

Sabiendo que los héroes predilectos del gran duque eran Gustavo Adolfo, Carlos XII y el gran Federico, pensaba, con fundado motivo, que su padre, como quien tenía veneración tan grande por aquellos reyes-capitanes que siempre iban con las espuelas puestas, y corriendo á caballo y haciendo guerra, reputaría por perdido á su hijo, si le creyera capaz de querer reemplazar la alemana gravedad de su corte con las costumbres versátiles y licenciosas de la regencia. Un año y hasta diez y ocho meses transcurrieron de este modo sin que volviese Murph, aunque anunciaba su retorno para dentro de poco tiempo. Vencida la repugnancia que al abate tenía Rodolfo, se aprovechó

de la educación científica de su preceptor, y adquirió si no una instrucción profunda, esos conocimientos superficiales, que unidos á un talento natural, vivo y perspicaz, hacen pasar á un hombre como más instruído de lo que realmente es. Así Rodolfo dejaba airoso al abate que se había dedicado á su enseñanza.

Cuando Murph volvió de Inglaterra con su familia, lloró de gozo al abrazar á su antiguo alumno. Á los pocos días, aunque sin poder adivinar la causa de la mudanza, conoció el hidalgo que Rodolfo le trataba con cierto despego y frialdad, sobre todo, cuando le recordaba su vida activa y agreste. Contando con la natural bondad del príncipe é instigado por un secreto presentimiento, le creyó momentáneamente pervertido por el fatal influjo del abate, á quien odiaba por instinto y al cual se propuso observar atentamente. Por su parte Polidori muy contrariado por la vuelta del inglés, cuya franqueza, penetración y buen sentido temía, sólo se ocupó de perderle en el concepto de Rodolfo.

En este estado se hallaban las cosas cuando Tomás y Sara fueron presentados y recibidos en la corte de Gerolstein de un modo muy lisonjero. Poco tiempo antes de su llegada, Rodolfo había salido con Murph y con un ayudante de campo á revistar algunas tropas, y como esta expedición era puramente militar, el gran duque creyó oportuno que no tomase parte en ella el abate, el cual vió con disgusto que Murph recobrase por algunos días su destino cerca de Rodolfo. Mucho esperaba el hidalgo que le serviría ésta conyuntura para averiguar el motivo de la frialdad del príncipe, mas por desgracia éste, diestro ya en el arte de disimular, manifestóse muy cordial, fingió que echaba de menos su primera juventud y sus rústicas diversiones, y casi tranquilizó á Murph. Y decimos *casi* porque hay hombres que están dotados de un instinto admirable. Á pesar de tantas demostraciones de afecto conocía Murph, que entre los dos había un secreto, y si bien quiso salir de dudas, la precoz doblez de Rodolfo frustró todas las tentativas. Sin embargo, durante el viaje no había el abate perdido el tiempo.

Los intrigantes se conocen ó se adivinan entre sí por medio de ciertos signos exteriores que les permiten observarse, hasta que su interés les decide á formar alianza ó á batallar abiertamente. Á los pocos días de haberse fijado en la corte del gran duque Tomás y Sara, aquél estaba muy íntimamente unido con Polidori. Confesábase éste á sí mismo con un cinismo casi increíble, que tenía una afinidad natural y casi involuntaria con los pícaros y los bellacos; y así es que sin adivinar de un modo positivo cuál era el blanco á que los dos hermanos se dirijían, conoció que tenía con ellos una simpatía decidida y presintió que fraguaban algún plan diabólico. Algunas preguntas de Tomás acerca del carácter y de los antecedentes de Rodolfo, preguntas sin importancia para quien estuviese menos avisado, le revelaron de repente los proyectos de los dos hermanos, si bien no supuso en la joven escocesa miras tan ambiciosas y á la

vez tan honestas. La venida de aquella joven le pareció un golpe de la suerte. Rodolfo tenía la imaginación llena de quimeras de ensueños de felicidad y Sara había de ser la encantadora realidad que reemplazara á sus deliciosos sueños; porque en el concepto de Polidori, antes de llegar á la elección y á la variedad en el placer, suele comenzarse por un amor único y romántico. Luis XIV y Luis XV quizás no guardaron fidelidad sino á María Mancini y á Rosa d'Arcy. Lo mismo había pues de suceder con Rodolfo y con la escocesa, la cual tomaría sin duda un influjo inmenso sobre su corazón, sujeto á la encantadora delicia del amor primero. Dirigir ese influjo y explotarlo con objeto de perder para siempre á Murph, tal fué el plan del abate. Á fuer de hombre inteligente en la materia, hizo comprender á los dos hermanos que sería preciso contar con él, como que era el único responsable ante el gran duque de la vida privada de Rodolfo. Mas esto no bastaba; había necesidad de desconfiar de un antiguo preceptor del joven que entonces hacía con él una expedición militar, hombre toscó, grosero y obcecado, que tuvo en otro tiempo mucha autoridad para con Rodolfo y que convertido en vigilante, lejos de tolerar los locos y excusables errores de la juventud, se creeria obligado á denunciarlos al severo gran duque. Tomás y Sara lo comprendieron todo, aunque nada habían dicho al abate con respecto á sus secretos intentos; y á la vuelta de Rodolfo y del hidalgo, unidos los tres por su común utilidad, estaban tácitamente aliados contra Murph, que era su adversario más temible.

## XII

### EL AMOR PRIMERO

Lo que era de esperar, ocurrió. Rodolfo se enamoró de Sara como un loco. No tardó ella en confesarle que era correspondido si bien preveía los quebrantos que semejante pasión iba á causarles, y la imposibilidad de ser nunca dichosos, porque mediaba entre los dos mucha distancia. Encargó pues á Rodolfo la mayor discreción no fuera que el gran duque sospechase, pues entonces su carácter inexorable, les privaría de la única dicha de verse diariamente. Prometió el joven ser circunspecto y ocultar su amor. En cuanto á Sara era demasiado ambiciosa y estaba sobrado segura de sí misma para comprometerse á la vista de la corte. El príncipe, conociendo la necesidad del disimulo, fué tan prudente como Sara y el secreto se conservó durante algún tiempo. Cuando los dos hermanos vieron que la pasión de Rodolfo estaba en su grado máximo y que por momentos le era más difícil ocultarla, dieron el golpe de gracia. Atendido el carácter del abate, y siendo por otra parte muy moral el objeto de los dos